



LECTURA DEL TEXTO “INTRODUCCIÓN DEL NARCISISMO” (1914) DE SIGMUND FREUD

Hernando Alberto Bernal Z.

Magíster en Ciencias Sociales y Humanas
U. de A.

Docente del Programa de Psicología
Funlam

El narcisismo empezó siendo una perversión, y describía “aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mimó, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena” (Freud, 1914). Pero Freud hace del narcisismo un rasgo de conducta que aparece en muchas personas, de tal manera que “una colocación de la libido definible como narcisismo podía entrar en cuenta en un radio más vasto y reclamar su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre” (Freud, 1914).

A Freud el narcisismo se le presenta como una barrera en el intento de mejorar el estado del sujeto. Freud concluirá que el narcisismo no es sino “el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación” (Freud, 1914).

Freud ha establecido hasta este momento una oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo, o pulsiones de autoconservación. Pero justamente en este período de 1914 a 1920, él va comprendiendo que las pulsiones del yo son en sí mismas sexuales, lo que lo llevará a establecer un

nuevo dualismo pulsional: la oposición entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte -en *Mas allá del principio del placer* de 1920-.

En cuanto al concepto de libido, Freud lo introdujo desde sus *Tres ensayos de teoría sexual*, y le fue muy útil en la construcción de su metapsicología -primera tópica-, sobretodo para pensar el aspecto económico de su aparato psíquico. La libido, esa energía sexual del aparato que puede aumentar, decrecer o desplazarse, Freud la introdujo para pensar los afectos en el sujeto, y particularmente, para pensar la angustia. La libido es lo que Lacan va a conceptualizar en términos de goce. En este texto, Freud va a vincular la libido con el narcisismo y la va a llamar «libido del yo».

A partir de la psicosis -la demencia praecox (Kraepelin) o esquizofrenia (Bleuler)-, Freud va a hablar de un «narcisismo primario», debido a que estos sujetos muestran dos rasgos fundamentales de carácter: “el delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior (personas y cosas)” (Freud, 1914). Pero Freud observa que, también en la neurosis, el sujeto resigna el vínculo con la realidad, sin que se cancelen los vínculos eróticos con las personas y las cosas. Este vínculo los neuróticos lo siguen conservando en la fantasía; “vale decir -dice Freud-: han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos”. A esto Jung lo llamó «introversión de la libido». En los psicóticos, en cambio -a los cuales Freud llama en este momento «parafrénicos»-, sucede que “retiran realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía” (Freud, 1914).

Freud se pregunta: ¿Cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia? El delirio de grandeza indica aquí el camino: la libido de objeto, la libido sustraída del mundo exterior, es trasladada al yo, lo que hablaría de un estado narcisista del sujeto. La hipótesis de Freud es que el delirio de grandeza no es una creación nueva del sujeto, sino “la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido” (Freud, 1914). Por tal razón, el narcisismo que se produce por el replegamiento de las investiduras

de objeto, no es sino un «narcisismo secundario», que se edifica sobre la base del «narcisismo primario».

Freud también se va a apoyar en la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos, para introducir el «narcisismo» como concepto de la teoría de la libido. En aquellos Freud halla rasgos que podrían imputarse al delirio de grandeza: "una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la «omnipotencia de los pensamientos», una fe en la virtud ensalmadora de las palabras y una técnica dirigida al mundo exterior, la «magia», que aparece como una aplicación consecuente de las premisas de la manía de grandeza" (Freud, 1914). Freud supone entonces una actitud análoga frente al mundo exterior en los niños, de tal manera que se forma así "la imagen de una originaria investidura libidinal del yo" (Freud), que es cedida después a los objetos. Esta imagen originaria es la imagen ideal del estadio del espejo, con la que se identifica el sujeto en el proceso de constitución de su yo.

Así pues, esas irradiaciones de libido que invisten a los objetos, pueden ser emitidas y retiradas de nuevo desde el yo. Freud establece entonces una oposición entre la «libido yoica» y la «libido de objeto». Y establece entre ellas una relación inversamente proporcional: "Cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra" (Freud, 1914). El paradigma de un estado así es el enamoramiento. En él se observa como el sujeto resigna su narcisismo en favor de la investidura de objeto. Vemos aquí como se reproduce el estadio del espejo, la relación dual especular. Freud diferencia así una energía sexual, la libido –con la que se catectizan los objetos–, de una energía de las pulsiones yoicas. Por un lado están las pulsiones sexuales, y por otro las pulsiones yoicas.

Freud ya había introducido el autoerotismo en este momento de la teoría, y se pregunta sobre su relación con el narcisismo. Como él ha definido al narcisismo como la investidura de la libido en el Yo, ¿qué hacer entonces con el autoerotismo? Freud hace notar que en el individuo no puede haber, desde el comienzo, una unidad comparable al yo; el yo es algo que se desarrolla, dice Freud en este momento; ya pudimos ver como este surge como consecuencia de la identificación del sujeto con su propia imagen en el espejo.

Como las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.

Freud también somete a examen el valor de los conceptos de libido yoica y libido de objeto, extraídos de la clínica de la neurosis y la psicosis. “La separación de la libido en una que es propia del yo y una endosada a los objetos, es la insoslayable prolongación de un primer supuesto que dividió pulsiones sexuales y pulsiones yoicas” (Freud, 1914). El supuesto de una separación originaria entre unas pulsiones sexuales, y otras yoicas, Freud lo avala por muchas razones, y no sólo por su utilidad para el análisis de las neurosis de transferencia. Por ejemplo, lo avala al decir que dicha división responde al distingo popular entre hambre y amor. Además, la separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar la doble función que tiene un individuo de tener a la sexualidad como uno de sus propósitos, a la vez que la de ser un simple apéndice de su plasma germinal, es decir, que es portador mortal de una sustancia inmortal.

Hasta ahora, Freud se ha visto obligado, por el análisis de las neurosis de transferencia, a adoptar una oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, que además le es útil para pensar la pérdida de la realidad en la psicosis, como introversión de la libido sexual o investidura del yo. Pero para aproximarse aún más al conocimiento del narcisismo, tomará tres caminos: la enfermedad orgánica, la hipocondría y la vida amorosa de los sexos.

Hoy en día es un hecho reconocido que la enfermedad orgánica influye sobre la distribución de la libido. “La persona afligida por un dolor orgánico y por sensaciones penosas resigna su interés por todas las cosas del mundo exterior que no se relacionen con su sufrimiento” (Freud, 1914). La persona que sufre, “también retira de sus objetos de amor el interés libidinal, cesa de amar” (Freud). En términos de la teoría de la libido, Freud dirá que “El enfermo retira sobre su yo sus investiduras libidinales para volver a enviarlas después de curarse” (Freud).

Al igual que la enfermedad, el estado del dormir también implica “un retiro narcisista de las posiciones libidinales, sobre la persona propia; más

precisamente, sobre el exclusivo deseo de dormir" (Freud, 1914). Estos son dos ejemplos de alteraciones en la distribución de la libido a consecuencia de una alteración en el yo.

La hipocondría se exterioriza, al igual que la enfermedad orgánica, "en sensaciones corporales penosas y dolorosas, y coincide también con ella por su efecto sobre la distribución de la libido. [Pero] El hipocondríaco retira interés y libido -esta última de manera particularmente nítida- de los objetos del mundo exterior y los concentra sobre el órgano que le atarea" (Freud, 1914). También hay otra diferencia entre hipocondría y enfermedad orgánica: las alteraciones son comprobables en los casos de enfermedad orgánica; en la hipocondría, no. Así pues, la hipocondría, al igual que las psicosis en general, dependerán de la «libido yoica», en cambio, la histeria y a la neurosis obsesiva, dependerán de la «libido de objeto».

El aparato psíquico, tal como lo piensa Freud, tiene como función dominar las excitaciones que provienen, tanto del exterior, como de su interior. Una elevación de la excitación es sentida como penosa y puede llegar a causar efectos patógenos. "La elaboración psíquica presta un extraordinario servicio al desvío interno de excitaciones no susceptibles de descarga directa al exterior, o bien cuya descarga directa sería indeseable por el momento" (Freud, 1914). Cuando la libido recae sobre objetos irreales, de la fantasía o en el delirio de grandeza -que es lo que Freud llama «introversión»-, se produce una «estasis libidinal», es decir, una detención de la circulación de libido.

Freud va a poder diferenciar, a partir de aquí, a la parafrenia -léase psicosis-, de las neurosis de transferencia. En la psicosis, dice Freud,

...la libido liberada por frustración no queda adscrita a los objetos en la fantasía, sino que se retira sobre el yo; el delirio de grandeza procura entonces el dominio psíquico de este volumen de libido, vale decir, es la operación psíquica equivalente a la introversión sobre las formaciones de la fantasía en las neurosis de transferencia; de su frustración nace la hipocondría de la parafrenia, homóloga a la angustia de las neurosis de transferencia. Sabemos que esta angustia puede relevarse mediante una ulterior elaboración psíquica, a saber, mediante conversión, formación reactiva, formación protectora (fobia) (Freud, 1914).

La tercera vía de acceso al estudio del narcisismo que Freud había mencionado más arriba, es la vida amorosa del ser humano. El primer

señalamiento de Freud a este respecto está referido a la elección de objeto, de la cual hay dos tipos: por apuntalamiento, cuando el sujeto elige un objeto que sustituye a los primeros objetos sexuales, es decir, la madre; y narcisista, que son aquellos sujetos que eligen su posterior objeto de amor, no según el modelo de la madre, sino según el de su propia persona. Y agrega Freud: “En esta observación ha de verse el motivo más fuerte que nos llevó a adoptar la hipótesis del narcisismo” (Freud, 1914).

Según Freud, la elección de objeto por apuntalamiento caracteriza a la elección de objeto en el hombre, y la elección de objeto narcisista caracteriza al amor de la mujer. Esta es la razón por la que los hombres tienden a amar sobrestimando al objeto sexual, sobrestimación que proviene del narcisismo originario del niño y que da lugar al enamoramiento, en el que se produce un empobrecimiento libidinal del yo que beneficia al objeto. En las mujeres, en cambio, sobreviene un acrecentamiento del narcisismo originario, desfavorable a la conformación de un objeto de amor; en ellas se establece una complacencia consigo mismas que las conduce a amarse, en rigor, sólo a sí mismas. Así pues, su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad.

Paradójicamente, son este tipo de mujeres las que poseen el máximo atractivo para los hombres, debido sobre todo a que “el narcisismo de una persona despliega gran atracción sobre aquellas otras que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor de objeto” (Freud, 1914). Ya vimos cómo, en la fase del espejo, se funda este narcisismo por la identificación del sujeto con la imagen especular, lo que le da al sujeto una «congruencia narcisista», una «imagen de inaccesibilidad», una «posición libidinal tan inexpugnable», que es justamente lo que hace al sujeto atractivo. Precisamente, es porque esa imagen se nos presenta como completa, sin fallas, ideal -yo ideal-, que es cautivadora, que fascina al sujeto: es el poder de lo imaginario sobre el sujeto, y lo que constituye fundamentalmente la dimensión imaginaria en él. Así pues, el narcisismo primario se constituye en el momento de la captación por el niño de su imagen en el espejo.

Lo dicho sobre el amor de las mujeres, dice Freud que hay que matizarlo, ya que las hay que aman según el modelo masculino, desplegando la correspondiente sobrestimación sexual, así como las mujeres que son muy narcisistas y que encuentran en el hijo la posibilidad de desplegar un pleno amor de objeto. En términos generales se puede decir que el amor es un fenómeno puramente imaginario, de carácter autoerótico y de una estructura fundamentalmente narcisista, ya que es al propio yo al que uno ama en el amor. El amor involucra una reciprocidad imaginaria, ya que "amar es, esencialmente, desear ser amado" (Lacan, 1991).¹ Es esta reciprocidad entre "amar" y "ser amado" lo que constituye la ilusión del amor. El amor es un fantasma ilusorio de fusión con el amado, y como tal, es engañoso. "Como espejismo especular, el amor es esencialmente engaño" (Lacan, 1991).²

Extendámonos un poco más en este asunto de la vida amorosa de los seres humanos, ya que ella es paradigmática de la dimensión imaginaria en los seres humanos. Hemos dicho que toda elección de objeto es una elección narcisista, es decir, que amar es fundamentalmente querer ser amado por el otro. La denominación de narcisista está dada por tener como límite o referencia la imagen que el sujeto tiene de sí mismo. Esto significa que cuando un sujeto ama a otro, lo que verdaderamente ama es la imagen que encuentra de sí mismo en el otro, ya sea bajo la forma de lo que uno fue, de lo que es, o de lo que quisiera ser. Cuando se ama, se está amando, de una u otra manera, en el otro, algo de sí mismo que ha sido idealizado. Si la imagen que aviva la pasión es cautivadora, es porque aparece próxima a representaciones que tiene el sujeto de sí mismo, y esto es básicamente lo que lo enamora.

El amor narcisista, que no es más que amor a la propia imagen, introduce una dimensión de engaño, en la medida en que se ama a otro en tanto que representa la imagen que un sujeto ha tenido, que tiene o le gustaría llegar a tener de sí mismo. El amor narcisista suele ser, por tanto, egoísta; el sujeto enamorado espera que el otro le corresponda en todo lo que anhela. El amante quiere al otro hecho a su imagen y semejanza, y cuando no se siente correspondido en esto, aparecen las diferencias en la pareja. Cuando el otro no

¹ [Lacan, S11. Los cuatro conceptos... p. 142]

² [S11. p. 268].

corresponde más a la imagen que se tenía o se esperaba de él, esa imagen cambia, decae, surgen las diferencias y con ellas el sufrimiento en el amor.

Se sufre en el amor porque el otro no es como yo quisiera que fuera. Por esta razón todo amor, por tener una estructura narcisista, conlleva siempre una dosis de sufrimiento. Cuando aparecen esas "pequeñas diferencias" entre los amantes, se presenta el desamor, ya que esas "pequeñas diferencias" suelen ser insoportables. El amor que se sostiene en un enamoramiento así, narcisista, es muy probable que conlleve siempre una gran dosis de displacer. Por lo cual se puede decir que hay algo en la naturaleza misma del amor que lo hace desfavorable al logro de la plena satisfacción.

Como toda elección de pareja es una elección narcisista de objeto, ello introduce el ideal, la idealización en el amor; el objeto de amor es idealizado en tanto que representa, como ya lo se dijo, lo que uno fue, lo que uno es, o lo que uno quisiera ser, y así, tratando de ser en el otro, el sujeto queda sometido a los ideales que el otro le propone. Esto es lo que introduce el engaño en el amor.

El engaño del amor se evidencia cuando un sujeto es fascinado por otro y cae en ese estado que se llama «enamoramiento»; se trata, en efecto, de un enmora-miento, es decir, que el sujeto "flechado" por cupido, puede muy fácilmente mentirse a sí mismo. Esto porque la imagen del otro, en tanto que fascina, es vista como perfecta, como completa. Es frecuente notar como todo sujeto enamorado percibe a su amado como alguien ideal y dice de él cosas como: "es todo para mí", "no podría vivir sin ella", "veo por sus ojos", "me muero si no estás", etc. El sujeto enamorado no admitirá fácilmente que el objeto de su amor pueda ser alguien que comete faltas graves o que le sea inconveniente; si le hablan de los errores de su amado, lo defenderá a capa y espada y se mentirá a sí mismo. Por eso el dicho popular dice que «el amor es ciego», revelando la verdad sobre la disposición amorosa en los seres humanos.

Habíamos dicho hace un momento que amar es fundamentalmente querer ser amado, y el sujeto querrá ser amado a partir de los Ideales que el otro le ofrece. Amor e identificación confluyen aquí y tienen como efecto la

identificación del sujeto con los ideales del otro a quien se ama. Esto explica por qué hay cambios radicales en la forma de pensar y actuar de los enamorados. Estos cambios se deben, precisamente, a ese proceso de identificación con los ideales del otro, y responden al esfuerzo que el sujeto hace para ser amado por aquel. En ocasiones el cambio llega a ser radical, siendo su motor la idealización que anima al amor. Casi se podría formular que allí donde hay amor, se produce una identificación, es decir, que el amor es identificación.

El problema con los Ideales, con los que se identifica un sujeto, es que no necesariamente están del lado de la Ley; lo están, y de muy diversas maneras, del lado de la destrucción y la trasgresión, y empujan a ellas. Piénsese en los ideales que alientan a todos los movimientos fascistas, racistas, xenófobos y nacionalistas, pero también a diferentes grupos humanos, ya sean éstos religiosos, políticos, militares, de fanáticos, de mafiosos, etc., los cuales llevan a una intolerancia hacia los otros y que destruye la unión social. También en el amor esto se observa cuando, por ejemplo, un sujeto se conduce en la vida con el ideal del amor romántico: "morir por amor", cuya versión moderna se hace visible en esos sujetos que dan la vida por el amor de sus madres y novias. De aquí la necesidad de una ética que ayude a establecer unos vínculos que reconozcan la función de los ideales en una comunidad y sus peligros; una ética que haga responsable a cada sujeto de los lazos que establece con los otros.

La ética del psicoanálisis, para mencionarlo de paso, es una ética que se define como una «ética del deseo». ¿Qué significa esto? Significa que la ética del psicoanálisis apunta al deseo y a la verdad que contiene ese deseo en cada sujeto. El psicoanálisis se ocupa de interrogar la verdad del sufrimiento de cada hablanteser, su causa, el por qué alguien se hace a un sufrimiento particular y se sostiene en él. Esa verdad que contiene cada sujeto sobre su forma particular de sufrir, es un saber no sabido por él, un saber inconsciente. El analista lleva al sujeto que se somete a un análisis a enfrentarse con la verdad de su deseo. La ética del psicoanálisis le permite al sujeto llegar a ocupar el lugar donde se satisfacía con el sufrimiento; ocupar el lugar donde, sin saber muy bien cómo ni por qué, él se hace a un sufrimiento. Es una ética

que busca fundamentalmente hacer responsable al sujeto de sus actos y de sus palabras, es decir, de su deseo.

Siguiendo con el amor, se puede afirmar entonces que lo que desencadena el enamoramiento de un sujeto por otro, es una imagen, y/o un rasgo que proviene del otro en quien el enamorado se ha fijado. No es lo mismo un rasgo que una imagen. La imagen suele ser totalizante, abarca al sujeto todo; es esa imagen que él proyecta: de bienestar, de salud, de tranquilidad, de completud, etc., y que se suele adornar con cualidades. El rasgo en cambio no es totalizante, sino que más bien descompleta la imagen: es ese pequeño atributo del otro que llama la atención del enamorado; se puede tratar de un adorno que hace parte del sujeto: el color de sus ojos, su mirada, las trenzas de su cabello, su andar, sus pies descalzos, la forma de sus caderas o el color de su piel, un rasgo de su carácter, lo bondadoso o lo fuerte que sea, etc. Se trata de rasgos físicos o de personalidad, dependiendo de cada sujeto, y ellos condicionarán en él su elección de objeto amoroso.

Pero lo que desencadena el amor, en la vía del enamoramiento, es decididamente la imagen que proviene del semejante. No se trata nunca de cualquier imagen; si así fuera, un hombre podría amar a cualquier mujer, o viceversa, y resulta que un hombre no ama a cualquier mujer, sino que ama a alguien, a una mujer en particular, o mejor, ama la imagen que una mujer en particular le proyecta. Por eso hay enamoramientos que se inician repentinamente, cuando se ve a esa persona en un encuentro inesperado. Ese enamoramiento repentino, despertado por la imagen del otro, es lo que los amantes denominan el «flechazo de amor».

Lo que sucede en ese momento es que la imagen del otro fascina al sujeto, lo encanta y... lo engaña. El enamoramiento no es otra cosa que sentir la exaltación del amor, y éste surge allí donde la imagen del otro ha cautivado al amante. Cuando el sujeto se enamora de la imagen del otro como Ideal, se enseguece con esa imagen que el otro le proyecta, y el sujeto empieza a considerar al objeto de su amor como su "media naranja", su complemento. El amor es ciego porque hace aparecer al amado como la persona que no es, ya que los sujetos infalibles no existen. La perfección a nivel del sujeto humano es un ideal, una ilusión, y cuando un sujeto representa un ideal para otro, esto

introduce la dimensión del engaño en el amor. Podemos deducir entonces, claramente, como el amor tiene una estructura de engaño. El enamoramiento ciega al amante haciendo que no reconozca en el otro carencia alguna.

Mientras que el amor se nutre de una pretendida ilusión de completud con el otro, y hace pensar al sujeto que ha encontrado su "media naranja", la realidad es que ningún sujeto es el complemento de otro; no existe la "media naranja". Si así fuera, no existirían el divorcio ni las separaciones entre los amantes. Si el amor fuese eterno, la sociedad estaría conformada por parejas indisolubles; no se sabría de infidelidades ni de ningún otro tipo de obstáculos entre los sujetos que se aman. El amor tiene un comportamiento muy diferente al de una pretendida armonía.

Es indudable que el amor tiene un poder de avasallamiento y hasta de tiranía sobre el sujeto. Es más, cuando irrumpe en la vida de un sujeto, se le acaba su tranquilidad: se le quita el sueño, se distrae en el trabajo, hace y dice cosas que antes le parecían ridículas o tontas, o realiza cosas que nunca antes se había atrevido a hacer, etc.; el amor es lo más parecido a la locura, a una enfermedad mental. Además, el amor tiene el poder de condicionar al sujeto a ciertas exigencias. Como los seres humanos no eligen a cualquiera para amar, sino que eligen a alguien, en esa elección se ponen en juego esos requisitos que el psicoanálisis denomina «condiciones de amor», los cuales, como se vio, pueden ser muy variados y en ocasiones inexplicables o asombrosos. Muchas veces nos hemos preguntado "¿qué fue lo que le vio este tipo a esa mujer?". Pues bien, en el género humano se puede observar que no hay una condición universal de elección de pareja, y cada sujeto tiene sus particulares condiciones de amor.

Partir de estas condiciones de amor es lo que le permite al psicoanálisis pensar lo que significa la relación sexual entre los seres humanos. Se podría hablar de proporción sexual si la condición fundamental para que un sujeto elija su pareja fuese que ésta resultara ser alguien del otro sexo; se sabe que esto no es lo que sucede en todos los casos. Si la condición de elección de pareja en la especie humana fuese la condición del otro sexo, entonces la proporción sexual sería admisible.

Si la proporción sexual –entendida como armonía, correspondencia, complementariedad– existiera, no habrían las dificultades de las que se quejan las parejas cuando se aman. La pareja que se separa, que se pelea, que se desencanta, que se disgusta, se enfrenta a la inexistencia de dicha proporción. Si el psicoanálisis habla permanentemente del amor es porque en él se manifiesta la falta de esa proporción sexual entre hombres y mujeres. Y esta disarmonía fundamental enseña que un sexo no es nunca el complemento del otro. Esta es, si se quiere, la dimensión real del amor: «no hay relación sexual». O mejor dicho, en el lugar de esa falta de proporción, viene el amor a ocupar dicho lugar, dicha falta.

Si la proporción sexual fuese posible, su fórmula sería la siguiente: todos aquellos que son hombres desean o aman mujeres. Lo mismo para el otro sexo. La condición de amor sería puramente la condición de que el otro sea de sexo contrario; bastaría reconocer en un individuo el otro sexo para elegirlo. Si el psicoanálisis insiste en que no hay relación sexual, entendida esta como proporción, es en tanto que no hay una condición necesaria y suficiente que haga a ambos sexos complementarios. Y este «no hay» es un real que no cesa de no escribirse en cada relación de pareja.

El enamoramiento consiste, entonces, en términos de Freud, “en un desborde de la libido yoica sobre el objeto. Tiene la virtud de cancelar represiones y de restablecer perversiones. Eleva el objeto sexual a ideal sexual” (Freud, 1914). El ideal sexual puede entrar en relación con el ideal del yo.

El ideal del yo, del cual se ocupa Freud ampliamente en esta tercera parte de su texto, es el sustituto del narcisismo perdido de la infancia, y sobre él recae ahora el amor a sí mismo, de tal modo que el narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Tengamos en cuenta que en este momento, Freud no distingue todavía entre yo ideal e ideal del yo. Pero sí debemos apreciar que cuando Lacan se refiere al «yo ideal», se trata de ese que se origina en la imagen especular del estadio del espejo; es esa promesa de síntesis futura hacia la cual tiende el yo, la ilusión de unidad que está en la base del yo. El yo ideal siempre acompaña al yo en un intento incesante por

recobrar, dice Freud, ese original narcisismo infantil. Formado en la identificación primaria, el yo ideal desempeña un papel como fuente de todas las identificaciones secundarias. Entonces, mientras que el yo ideal tiene un estatuto imaginario en Lacan, el ideal del yo tendrá un estatuto simbólico: es una introyección simbólica, es un significante que opera como ideal y que le sirve al sujeto para orientar su posición en el orden simbólico.

A partir de lo anterior, Freud va a pensar en formalizar una instancia psíquica particular, que tenga como función “velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observarse de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal” (Freud, 1914). Freud hace coincidir dicha instancia con la «conciencia moral», la cual permitirá comprender el «delirio de ser observado» que se presenta en la sintomatología de la paranoia. “Los enfermos se quejan de que alguien conoce todos sus pensamientos, observa y vigila sus acciones; son informados del imperio de esta instancia por voces que, de manera característica, les hablan en tercera persona. («Ahora ella piensa de nuevo en eso»; «Ahora él se marcha».)” (Freud). De hecho, concluirá Freud, un poder así, “que observa todas nuestras intenciones, se entera de ellas y las critica” (Freud), existe en todos los sujetos dentro de su vida normal.

Este ideal del yo se forma “de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública)” (Freud, 1914). Este es el comienzo, en Freud, de la elaboración que lo llevará a introducir el concepto de «superyó» a partir de 1920.

Bibliografía:

Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1914)

Lacan, J. (1987). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.